

Tatiana Tibuleac (Chisináu, Moldavia, 1978) fue el gran descubrimiento literario europeo cuando publicó en 2016, en Rumanía, *El verano en que mi madre tuvo los ojos verdes* (Impedimenta, 2019), traducida a numerosas lenguas. Su segunda novela, *El jardín de vidrio*, ha recibido el Premio de Literatura de la Unión Europea en 2019, y confirma que el deslumbramiento ejercido por Tibuleac no es fruto de un espejismo. La escritora moldavo-rumana no es en esta segunda obra ni complaciente ni banal. No hay nada gratuito en una novela soterradamente poética, dolorida y salpicada de los demonios de unos personajes cuya identidad lingüística y social es dudosa.

La infancia de una niña marginada se funde con el devenir de Moldavia, ocupada por la URSS hasta 1991, cuando se disolvió la Unión Soviética y Moldavia se proclamó independiente. Al apuntar las estrechas y complicadas relaciones con Rumanía, Tatiana Tibuleac nos permite imaginar el caos lingüístico de los habitantes moldavos, divididos entre el moldavo campesino, el ruso de las elites y el rumano del futuro. A modo de cortas e intensas escenas, la historia que relata Lastochka, la protagonista de una vida siempre al borde del precipicio, es perturbadora. Pero en los cuadros de trazos amargos y con-



IMPEDIMENTA

El jardín de vidrio

TATIANA TIBULEAC

Traducción de Marian Ochoa. Impedimenta
Madrid, 2021. 360 páginas. 22,80 €

movedores, que nos recuerdan al expresionismo alemán, se esconde una seca ternura y un amor descarnado, arrojando a los patéticos personajes compañeros de peripecias. En Chisináu, capital de Moldavia, la niña de siete años, Lastochka, es arrancada de un siniestro or-

fanato por Tamara Pavlovna, una mujer que se gana la vida recogiendo botellas por las calles. La niña trabajará también como basurera. El mundo depravado de los personajes más patéticos de la ciudad late en toda la novela desde la infancia de Lastochka hasta su vida adulta. “Fuera, los borrachos daban vueltas a nuestro alrededor como las hienas en torno a los cadáveres. Me parecía que, aparte de nosotras dos, en el mundo no quedaba nadie sobrio”, dirá la narradora de su aprendizaje implacable.

Los episodios o fragmentos que componen la novela siguen las trayectorias de una fauna humana que vive en torno a un patio común, donde anida cierta confusión de lenguas. Tamara Pavlovna, mujer contradictoria, violenta, corroída por el dinero y al mismo tiempo capaz de inventar un futuro diferente para su pupila, a quien obliga a golpes a aprender el ruso, es el personaje que eclipsa a todos los demás. Amor y odio de la niña hacia su protectora y explotadora. En eso es una maestra Tibuleac, como se vio en su anterior novela. Así

describe Lastochka a la mujer que la compró en el orfanato: “Tamara Pavlovna. Brillaba, quemaba y lo convertía todo en ceniza. ¡Era como un ave fénix, mi Tamara Pavlovna! Cruel, pero compasiva. Taimada, pero justa. De su lengua y de su astucia se protegían todos como

de la peste, pero a ella recurrían cuando no les quedaba otra”.

La concatenación de escenas, sin una alineación cronológica de los acontecimientos, como una carta desordenada a unos padres desconocidos, va alterando la superficie de las cosas. La seducción no se basa tanto en el argumento, apenas

TIBULEAC NO ES COMPLACIENTE NI BANAL. NO HAY NADA GRATUITO EN UNA NOVELA SOTERRADAMENTE POÉTICA Y DOLORIDA

explícito, como en el paso del tiempo sobre ese puñado de moldavos a la deriva; las huellas de los años conforman la verdadera trama de la novela. La política real se soslaya, pero queda patente en las atmósferas, en los personajes, en la ausencia de algo parecido al amor y en la búsqueda de identidad de la protagonista, desgarrada entre su lengua materna, el moldavo, y el ruso.

¿Puede lo patético hechizarnos? La escritura de Tibuleac humaniza la crueldad y valentía de esas gentes perdidas. El poder de persuasión de la autora hace que las penalidades se acerquen a un modo de universalidad. La narradora en primera persona va despertando sensaciones y el público siente una estremecedora piedad, aunque nunca haya pisado esas calles polvorientas. La maestría con que Tatiana Tibuleac ha edificado el relato logra que una cercana calidez impregne todo lo que ocurre. **LOURDES VENTURA**